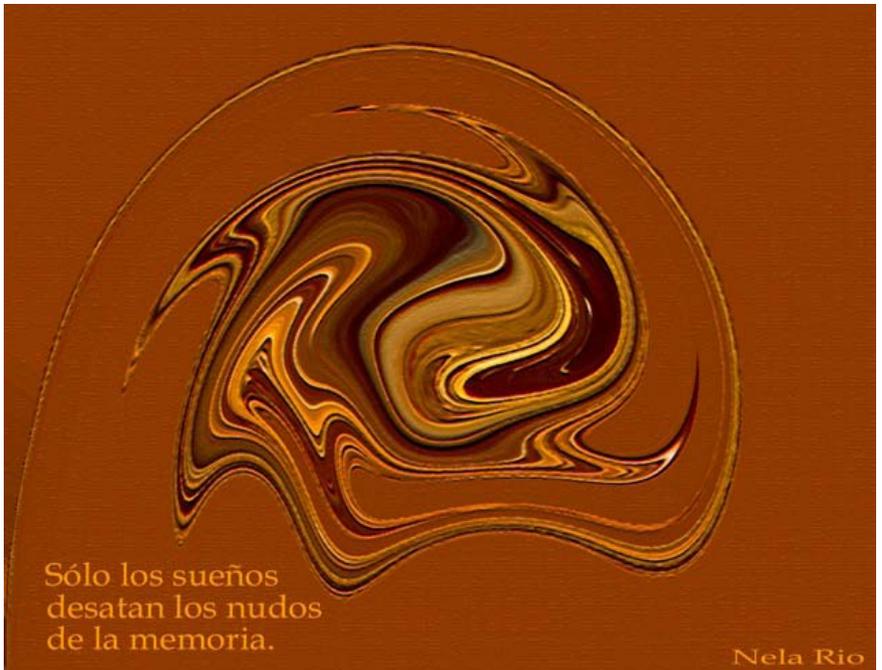


Reseñas



Nela Rio. Los nudos de la memoria

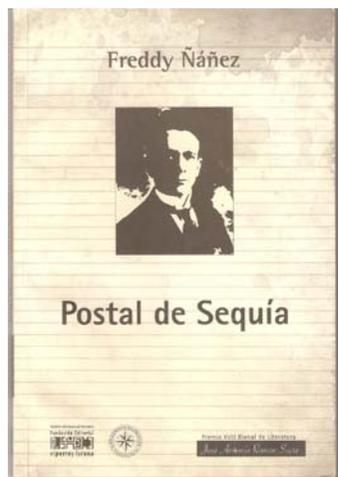
POSTAL DE SEQUÍA

Freddy Ñañez (2010).

Guarenas (Venezuela): Fundación Imprenta de la Cultura

Conocemos a un poeta tachirense llamado Chucho, aunque por allí dicen que su nombre es Freddy Ñañez y que nació en Petare. Su partida de nacimiento no está en los Registros Públicos de San Cristóbal, porque a su mamá se le ocurrió parirlo en Petare antes de que realmente naciera, porque los poetas nacen cuando escriben su primer poema y esto sí ocurrió en el Táchira. Bien, el poeta Chucho, el músico Chucho, el titiritero Chucho, el editor Chucho, el periodista Chucho ha escrito un libro de poemas –uno más– cuyo título es *Postal de sequia*, con el cual ha ganado la Biental Ramos Sucre, concurso literario muy prestigiado en nuestro país y que ha sido otorgado, en anteriores oportunidades, a destacadas figuras del acontecer poético venezolano.

Dice Luis Alberto Crespo en el prólogo de *Postal de sequia* que la “perdurable particularidad del libro es su motivación: la ruina de lo real, expresada en la quebradura de la tierra y en el desprendimiento de la hoja seca”. ¿Pero qué es lo real? Lo único real es el hombre, ese hombre que en este caso se llama Freddy Ñañez, aunque pudiera tener cualquier otro nombre. Ese hombre que va muriendo en cada poema de su libro. Ese hombre que a ratos es el escritor, el poeta al que *le sobra un grito en esa tilde*; el que no puede expresar todo lo que lleva por



dentro, porque *hay tanto polvo en lo callado*; el que necesita el dolor –a espina– para que su verbo florezca y se le devuelva *hinchido de raíz*.

Es críptico este libro, son enigmáticos sus poemas, hay en ellos claves que no siempre logramos descifrar, pero intentémoslo.

El hombre, el poeta, quiere desbocarse, mas *quiera o no quiera su odiosa medida da el paso atrás*. No le permiten crecer, realizar sueños y aparecen *estos muros que son años/ y estos días que no nos dejan ver... Y estas horas que son rejas... esta jaula que nos usurpa/ e impide también su lejanía*. Y ya no queda sino *desandar el desagravio... Y estos segundos que son escombros/ y esta ruina que tanto nos alude*.

Por momentos ese cadáver que *camina amortajado hacia su propio funeral* (Whitman, dixit) es contemplado desde afuera en toda su miseria. Toma forma de animal y es apedreado. El poeta reclama su derecho a ser el único que lo siente, el único que lo acompaña en la *tristumbre, el único pariente* y el único que es capaz de morir con él: *el único que parte*. De este poema, cuyo título Chucho toma prestado de Vallejo, conocimos la versión original que no es igual a la que aparece en *Postal de sequía*. En la de este libro se suprimieron algunas palabras y algunos versos, para desconcertarnos, para hacernos más difícil encontrar las claves, para que solo quienes conocen los secretos territorios de la poesía logren adentrarse en su mundo.

Y aparece el llamado a la tierra, a la que se le pide que hable para luego hacerla callar.

Y surge el fuego, la energía pura –lo que cura, lo que limpia– para dejar *al descubierto cada pedazo tuyo*. Y se invoca al padre y se le interroga: *¿Qué hacer con la raíz del mundo con tanta carroña en retirada? Si el fuego no alcanza/ si no llega el punto exacto de nuestra levadura*. Y caemos en cuenta de que *su reino es espurio y de que carecemos de sustancia*.

Ante la *Postal de sequía* el poeta llama al agua, no a las caudalosas aguas de los ríos, ni a los aguaceros copiosos del trópico, sino a la garúa: esa llovizna suave, esa agüita hecha hilos que apenas moja, que no empapa. Con ese leve amago de lluvia se conforma ante tanta sequía. Espera la garúa con duda, no sabe si vendrá, si tropezará con otra sed o si se desviará. Y el poeta no se impacienta, sigue esperando: (*Ay si te da por no venir/ no escribas/ Yo te espero*). De alguna manera también nos está llamando. Y, por eso, acudimos.

Mas esa agua no es suficiente para levantar al que está en los últimos estertores y llega la muerte –el ataúd–, *cae el hombre y su sombra rebota*:

*De su sombra el contraluz ahora
De su ausencia el aguacero nunca*

Se constata la *trashumancia* de las palabras: migrar es su destino y *es lo cierto que algunas resisten su suerte/ dejando turbia toda frase*. Y la del poeta: *Con un sabor a polvo en la garganta/ despierta/ en la otra punta del paisaje*.

Surge un **2** que se atraviesa en un poema. Ese 2 que quiere hacer eterno un 2 de abril, que es *eterno... invencible* en su recuerdo. Otra clave por descifrar...

Por momentos parece fijarse en otros cuya ruina no solo es interior y hay un retrato de esa ruina: con *cuerpo entumecido*, con *urgente escalofrío*, con tos cuyo semblante es decorado por *el tropo sombrío*.

Llegamos al poema central, a la elegía que se escribe antes de morir... porque ya estamos muertos. Allí el poeta descubre que *no era prestada esta ruina*, que para ser consolado hay que pasar por el dolor y que *no era fulgor tanta ñ en la oscurana/ tanto siniestro*

en la palabra...

Y continúa muriendo en cada poema, o alargando la elegía, gota a gota, verso a verso, palabra a palabra, *sin gramática alguna* y hasta sin habla, porque *AHORA NO HABLA* y es obvio que vive *en secreto*. Se ausculta la sequía o a ratos se duda de ella: *Si algún rincón oculta el agua... si se agota antes la sed... Algo de beber habrá quedado... agua abajo es lo que quería decir lo seco... a fuerza de río algo sopla en el desierto también... Prólogo de lluvia en la madera...*

Ahora el hombre es un Cristo postmoderno que sufre todos los rigores del otro: se le han clavado espinas, hay desiertos en su destino (*ahora son dos*), tiene sed, pero en vez de vinagre *recibe una taza de tierra... tartamudea/ malcamina... le duele el pie/ la encía/ y cada vocal del paraíso...* como aquel que iba camino al Calvario. Y este, también como el otro, hace reclamos al *Padre*, que también es *esposo, Señor purísimo* (nombres con los que se denomina a esa “Realidad última” en algunas religiones), mas este Padre postmoderno de Chucho llega a ser también: *Malvado señor de la lentitud*.

Vayamos al final. Chucho concluye diciendo: *no hay de otra... Pedirle al camino un poco de camino/ más compromiso al desmayo/ más de su parte a lo perdido... que lo otro son jamases al pie de la mirada...* Mas, aunque lo declara, no ha concluido. Hay otro poema que *Nos cruza con navaja el colofón*. Y hay que soplar *la vocal permanente: Estírala y ya! Queda papel de turno para hacerlo/ Pídele un poco de aguante al funeral* (ya están listas las pompas fúnebres)/ *Plazos a la tilde/ Paciencia al editor...*

Hemos acompañado a Chucho en su camino al Calvario y hemos muerto con él, en medio de la sequía. Llegamos al final y aquí estamos, al pie del colofón... *No hay de otra...*

Alicia Jiménez de Sánchez